**Domingo 31º del TO. Ciclo A (01.11.2020): Mateo 5,1-12a.**

**Fiados de Jesús y no de los catedráticos.** Así lo escribo CONTIGO,

Por ser el día uno de noviembre se rompe el ritmo de lectura del Tiempo Ordinario en este Ciclo A del Evangelio de Mateo. Los pasados domingos andábamos con Jesús de Nazaret en el Templo de Jerusalén hablando, o peleándose, con unos y con otros a propósito de la autoridad. Es decir, a propósito de las cuestiones de la religión, de los credos, de las prácticas y las instituciones de la religión del pueblo que se creyó escogido por su Yavé-Dios.

Después de este domingo primero de noviembre nos quedan aún tres domingos más para acabar el Ciclo de Mateo. En ellos nos vamos a leer las tres parábolas con las que se completa el quinto y último discurso que sólo este Evangelista coloca en labios de su Jesús de Nazaret. Estas tres parábolas dan forma al capítulo vigésimo quinto de este Evangelio. Pero las gentes del pueblo, ¿cuándo escucharán en las liturgias del domingo TODA la palabra de este Mateo?

Por ser la fiesta llamada de ‘todas las santas y santos’ se nos propone la lectura contemplativa y crítica de **Mateo 5,1-12**. Es decir, el comienzo del primero de los cinco discursos de los que acabo de hablar. Este discurso completo abarca los capítulos quinto, sexto y séptimo del Evangelio de Mateo. ¿Quién no ha escrito o comentado algo de este relato de las ‘bienaventuranzas’? ¿Qué puedo comentar ahora que llegue a despertar algo nuevo y actual?

Bienaventurada, dichosa y feliz la persona que lea, comprenda, acepte y viva todo cuanto se dice en **Mateo 7,12**. De esta manera es como entendió este Evangelista a su Jesús de Nazaret, su vida, su misión, su buena noticia, su moral, su mandamiento, su política, economía, religión y espiritualidad. Todo cuanto deseas que te hagan, házselo a los demás. Este es el camino de las personas que quieren ser y vivir felices.

Esta propuesta que el Evangelista Mateo pone en labios de su Jesús de Nazaret contrasta muchísimo con las predicaciones y propuestas ofrecidas por las autoridades de la Sinagoga y del Templo de Jerusalén que proclaman bienaventurado, dichoso y feliz al buen judío cumplidor de la Ley de Moisés. **Si uno guarda la Ley, la Ley le guardará a él**. Esta es la primera plegaria del libro de los Salmos. Una vez más me leeré sin tiempo y en paralelo el Salmo 1 y Mateo 5,1-12. Constataré que estoy ante dos caminos de vida y de fe distintos y distantes.

Y advierto desde este comentario que es posible que muchos celebrantes de la liturgia católica decidan seguir la lectura del Evangelio en el trigésimo primer domingo del Ciclo A. En este caso se proclamará la lectura de **Mt 23,1-12**. Por ser mía la elección, me leeré los dos relatos.

Si leemos este relato se caerá en la cuenta que seguimos escuchando el mismo mensaje de Mateo y de su Jesús con palabras diferentes. En **23,1-7** denuncia este Jesús que en la cátedra de Moisés se han sentado los catedráticos blasfemos que proclaman unas cosas y viven otras. Y sólo les ocupa el mantener los asientos de su autoridad. En cambio, este Jesús de **Mateo 23,8-12** ha venido a ponerse a la altura del que está más abajo, del marginado, orillado, humillado, esclavizado, ninguneado, enmudecido, paralizado, enceguecido, deshumanizado. Tú y yo que leemos razonadamente, **¡nos fiamos de Jesús de Nazaret y no de los catedráticos!**

**Domingo 49º de ‘Los Hechos de los Apóstoles’ (01.11.2020): Hch 27,1-44.**

***“Ellos sí escucharán”*** (Hechos 28,28-29)

Desde ahora mismo, según nuestro cronista Lucas, todo está dispuesto para el último viaje: desde Cesarea marítima, la gran ciudad romana en el extremo oriental del Mediterráneo, hasta la capital del Imperio del mundo conocido. Por entonces nadie sabía nada de otras tierras que no fueran Asia, África o Europa. Pareciera que el dios de la creación se hubiera guardado no un as en su manga, sino dos, que más tarde se llamaron América y Oceanía.

*“Cuando se decidió que emprendiésemos la travesía para Italia encargaron de Pablo y de varios otros presos a un centurión de la Legión Augusta llamado Julio”* (Hch 27,1). Puede apreciarse que tanto el relato como el viaje son muy extensos. Al comenzar la lectura de Hch 28,1 se nos dirá que esta expedición marítima llegó, en muy adversas condiciones, a la isla de Malta. Este texto de **Hch 27,1-44** es el relato de la nueva etapa del viaje que, desde Jerusalén, me atreví a calificar como el camino de la conversión de Pablo.

Ahora el narrador es ‘un nosotros’, como si el propio Lucas hubiera decidido formar parte de las personas que van a compartir la aventura de aquel barco y, sobre todo, compartir la experiencia de ‘estar con Pablo’ con todas las consecuencias. El relato invita a imaginar...

**En Hch 27,1-5** se cuenta el viaje, a bordo de la nave de Adrumeto, desde Cesarea hasta la ciudad de Mira en la región de Licia. Emociona la amabilidad comprensiva del centurión Julio que permite a Pablo visitar a sus amigos de Sidón. Tal vez, una pequeña realidad eclesial.

**En Hch 27,6-12** continúa la narración del viaje a bordo de una nave de Alejandría que se dirigía hacia Italia. La etapa se inicia en Mira y da la impresión de que acaba en la isla de Creta, pero nada se cuenta con precisión, en el espacio y el tiempo. Sólo queda muy clarito el mensaje de Pablo que parece hablar como un profeta, aunque sea sólo de infortunios: *“Preveo que la travesía va a ser desastrosa”* (Hch 27,10).

**En Hch 27,13-44** leemos la etapa de navegación por el Adriático entre las islas de Creta y Malta. El narrador nos da cuenta de toda una retahíla de desastres para llegar a presentarnos a su ‘custodiado y encadenado Pablo’ como el hombre a tener en cuenta y ser escuchado: *“Debíais haberme hecho caso y no zarpar de Creta... Esta noche se me ha presentado un ángel de Dios... Me fío de Dios... y sé que tendremos que ir a parar a una isla...”*  (Hch 27,21-26).

Pronto sabremos que se cumplirá lo anunciado por este Pablo de Lucas y sabremos que esa isla será Malta (Hch 28,1). Pero antes, debemos comprender bien las intencionalidades del relato de este viaje. En este maltrecho barco de Alejandria viajan en total 276 personas que han soportado lo insoportable. Pero ahí está de nuevo este Pablo: *“Con hoy lleváis catorce días en vilo y en ayunas... Dicho esto tomó un pan, dio gracias... Lo partió y se puso a comer... Una vez satisfechos, aligeraron el barco arrojando el trigo al mar”* (Hch 27,33-38). **¿Una eucaristía?**

A la luz del nuevo día, aquellas gentes del barco y del mar -autoridades, marineros, centurión, soldados y presos- reconocieron la presencia de la tierra firme y decidieron descansar para poder llegar a Roma, el destino del viaje. En este pequeño mundo, **Pablo parece ser ‘alguien’**.